



XL

Al borde del abismo.

DEL encuentro con la Piumetti en las oficinas de Telégrafos, con motivo del famoso talón de 1.000 liras, había sacado la Schwitzer una afrenta intolerable, en la cual no podía pensar sin que la devorase la rabia. El triunfo de la *Alianza* vino á aumentar su rencor, colocándola en un estado de consternación y de angustia desesperado.

Hasta entonces había tenido que luchar contra grandes dificultades para sostener la *Liga* y para desarrollar su esfera de acción, viendo desvanecerse no pocas ilusiones por falta del apoyo material y moral que aguardaba. En tales pruebas se confirmó la alemana en sus opiniones de que la mujer italiana, clerical por atavismo, individualista por tradición y burlona por naturaleza, era por ello mismo triplemente opuesta al programa del feminismo puro é *integral* que la *Liga* profesaba. En suma, había sembrado rosas y no recogía más que espinas.

Cien y cien veces estuvo tentada de abandonar empresa tan ardua, dispendiosa é ingrata, pero el brillo engañoso de su ideal, el transporte, el entusiasmo que sentía siempre vivo por la gran causa del feminismo, y la esperanza de triunfar pronto ó tarde, dejando su nombre en la historia de los primeros reformadores

de la sociedad, la habían sostenido á perseverar en su lucha contra todos los obstáculos y á proseguir la obra comenzada.

Luego, al reflexionar que con retirarse de la presidencia de la *Liga*, ésta no tardaría en sucumbir por falta de una persona capaz de regirla y de hacer frente á la *Alianza*, tal pensamiento estimulaba sus decaídas ansias de luchadora desengañada.

Pero de pronto todo cambiaba. La *Liga* estaba á dos dedos del abismo, la *Alianza* en el colmo de la prosperidad.

¡Dos millones de asociadas! Cifra terrible que se había fijado en la cabeza de la pobre Schwitzer como un clavo ardiendo.

¡Dos millones! Luego la gran mayoría de las mujeres italianas se había ya alistado en el bando enemigo. ¿Qué hacer para evitar la derrota?

Si con todos los esfuerzos realizados hasta el presente, con tantos dispendios no había conseguido detener la marcha triunfadora de su aborrecida rival, ¿cómo reponerse de la última y tremenda derrota?

La victoria resultaba tan decisiva, que tratar de remediar sus consecuencias era imposible.

Pero precisamente por eso el caso urgente exigía un pronto remedio, una resolución decisiva; y ésta no podía ser otra que la de renunciar á la empresa y abandonar á las mujeres italianas á su triste suerte y dejarlas entregadas á la superstición, á la esclavitud, á la barbarie.

Ante tal decisión, tan clara como inevitable, la infeliz Schwitzer sentía el más horrible de los tormentos, buscando un rayo de esperanza, un punto de apoyo, una áncora de salvación, ó, por lo menos, un expediente para retardar el momento de confesarse vencida. ¿Quién sabe si en poco tiempo mudarían las circunstancias en favor suyo?

Pero entretanto, ¿dónde encontrar los recursos necesarios para sufragar los gastos, cuando su patrimonio se había redu-

cido de tal modo que apenas le producía lo estrictamente necesario para vivir?

Y además, ¿cómo contener el progresivo decaimiento de toda su obra?

¿Acaso debía llegar al extremo de privarse de todo para conducir la *Liga* hasta la agonía y la muerte, haciendo más solemne el triunfo de la *Alianza*?

No, no había remedio posible.

Y se sentía sola en las tinieblas, en el desierto, en el fondo del abismo.

Le parecía estar condenada á destrozarse de rabia como el escorpión estrechado en un círculo de fuego.

En esta desesperada situación de ánimo, se abandonó sin fuerzas sobre el sillón, dejó caer los brazos inertes sobre la mesa de escritorio y murmuró, apretando los dientes con furor:

—*Ein Schus*. ¿Un agujero en la frente ó un sorbo amarillo? Y todo está concluido... Para todo hay remedio... Veamos.

Se levantó, abrió un cajón, sacó de él un elegante revólver de bolsillo, y después de observarle con una sonrisa siniestra lo depositó sobre la mesa, sacó también una cajita de concha, la abrió y la puso al lado del revólver.

—Ahora puedes escoger—dijo hablando para sí,—entre los dos medios para entrar en la nada eterna. Será este el último sacrificio á tu ideal, el verdadero feminismo que deberá descender contigo al polvo... ó renacer de tus cenizas.

Dicho esto, permaneció inmóvil un largo rato. Pero de pronto se estremeció diciendo:

—¡Ah!... ¡Olvidaba lo más importante—y después de otros momentos de reflexión se puso á escribir:

Al Sr. Mario Brandini,

Diputado del Parlamento italiano:

Cuando lea usted estas líneas, habré entrado ya en la nada Muero con la conciencia de haberlo sacrificado todo para li-

bertar á la mujer italiana de la servidumbre, de la superstición religiosa y de la opresión social, para volverla á la conciencia de sus derechos, á la reivindicación de su libertad.

Muero maldiciendo á los vampiros de la teocracia, á las arpias del feminismo, á las sierpes venenosas del feminismo espúreo, que, con la trata de las mujeres, han convertido á Italia en un mercado de esclavas, vendidas á la tiranía parda del clericalismo.

Muero, pues, abandonada de aquellas que más me debieron ayudar. Si á las palabras de entusiasmo con que fué acogida la «Liga», hubiesen seguido los hechos, hoy día, Italia sería nuestra, y el gran ejército del feminismo internacional marcharía á la conquista del mundo. Mientras que, por culpa de...

Aquí se interrumpió de improviso, dejó la pluma y murmuró con voz ahogada por la rabia:

—Morir como un perro y dejar la *Liga* á quien me ha traicionado, dándome siempre buenas palabras y malos hechos. ¡Qué loca soy!... Moriré, sí, moriré cuando no haga el juego á las demás... Antes quiero ajustar las cuentas á mis indignas compañeras.

Y al decir esto, rompió en pedazos la carta descargando su cólera contra aquel pedazo de papel, instrumento inocente de sus pensamientos. Después escribió unas pocas palabras sobre otro pedazo de papel, oprimió con violencia el timbre eléctrico y dijo á la portera que acudió á su llamamiento:

—Dáselo en seguida á la secretaria y dile que mande una invitación para la reunión del domingo al Sr. Brandini.

Ella misma le escribió luego un billete diciéndole, que debiendo discutirse un asunto de vida ó muerte para la *Liga* era absolutamente necesaria su presencia.

Vencida aquella suprema crisis, tomó el sombrero, encendió un cigarrillo y salió diciendo á la portera:

—No vuelvo hasta mañana por la noche. Si ocurre algo avisa á la secretaria.

Y no fué á su casa, sino á la estación, donde tomó el primer tren que salía, para proporcionarse, viajando noche y día, unas treinta horas de reposo y de distracción.

Al día siguiente, la señora Schwitzer, reanimada por su viaje, se sentaba en el sillón presidencial, teniendo al lado suyo á su fiel consultor el diputado Brandini y á su alrededor á todas las señoras y señoritas del Consejo directivo.

En todas las caras se leía la solemnidad del momento y la gravedad de las circunstancias. Parecía un consejo de guerra, después de haber perdido la batalla decisiva.

Únicamente la Fioroni estaba seria é impasible, repasando un manojito de cartas.

La presidenta dedicó ante todo unas palabras de gratitud al diputado Brandini, porque también en aquel momento, verdaderamente amargo para la *Liga*, había acudido en su auxilio con el precioso apoyo de sus consejos, y entrando pronto en materia se apresuró á exponer el objeto de la reunión convocada.

No daremos al lector la molestia de referirle todo lo discutido en aquella reunión. Sólo contaremos lo preciso para seguir el hilo de nuestra narración.

Dijo, pues, la presidenta, y demostró con hechos y con las cifras del Balance, que la *Liga* se había sostenido hasta entonces casi exclusivamente con sus propios recursos. Recordó, tratando de dominar el temblor de la voz, el reciente triunfo de la *Alianza*, que era para sus adversarias una verdadera catástrofe.

Declaró, por último, que se arrepentía amargamente de los sacrificios hechos por la rehabilitación de la mujer italiana, toda vez que no había recogido más que dolores, ingratitud, odio y desengaño, añadiendo que tampoco en las personas llamadas á ayudarla había encontrado la cooperación que tenía derecho á esperar.

La profesora Lisardi, que había roto con la Schwitzer, al oír las últimas palabras, interrumpe á la presidenta, mientras ésta, pálida por la rabia, parecía que quisiese continuar desahogándose contra el Consejo, y con una calma afectada, tras de la cual se transparentaba el rencor, rechazó con burla las censuras dirigidas al Consejo, atribuyendo el triunfo de la *Alianza*, á la ineptitud de la Presidencia de la *Liga*, donde siempre había procedido como un verdadero autócrata.

Y concluyó diciendo:

—Como hasta ahora he empleado más prudencia de la debida para no dar motivos de júbilo á nuestros enemigos, he querido hablar claro, á fin de que caiga la responsabilidad en la catástrofe sobre quien realmente la merezca.

—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Ya es tiempo de concluir! ¡Qué indignidad! ¡Dimitamos todas!

Con estas y otras exclamaciones, no menos expresivas, las demás consejeras se pusieron al lado de la profesora Lisardi contra la Presidencia. Sólo la secretaria Fioroni, con aire indiferente, presenciaba muda aquella escena, y al ver el gesto de la presidenta, se mordía los labios para no reír.

La señora Schwitzer permanecía sentada en un sillón con los brazos cruzados, mirando con desprecio á las consejeras. Y permanecía inmóvil, sin decir palabra, hasta que Brandini se puso á hablar.

Este dijo que el triunfo de la *Alianza* se debía al clericalismo y que el estado de la *Liga*, no era tan desesperado como parecía á primera vista. En la historia de las grandes evoluciones sociales solían presentarse tales anomalías, pues las antiguas formas destinadas á desaparecer parecen triunfar momentáneamente.

—Es preciso—concluyó—que lo que ha acontecido en esta reunión debe ser olvidado por una y otra parte. El momento es crítico, y por eso precisamente no debemos precipitar las

cosas. Por ahora todo sigue en suspenso; Presidencia y consejeras quedan en sus puestos. Entretanto la crisis está viva y exige una Presidencia no menos pronta que radical. Seguro de la común lealtad, yo me encargo de dirigir una investigación sobre las condiciones de la *Liga* y de poner remedio al mal.

Luego se inclinó graciosamente hacia la Presidencia, diciendo:

—¿Me permite la Presidencia que asuma por un minuto su autoridad?

Obtenido el consentimiento, el orador añadió:

—Se suspende la sesión.

Y para que ninguna de las consejeras pudiese atacar de nuevo á la Presidencia, las acompañó hasta la puerta, estrechándoles las manos.

Al quedarse solo con la presidenta y la secretaria desenvolvió ante ellas su tratado maestro en el arte de la farsa, dejando á la Schwitzer un poco admirada y persuadida, y á la Fio roni casi indiferente.



XLI

Una buena presa.

UN día después, en tanto que nuestra heroína Ida desde la oficina de Telégrafos se encaminaba hacia la *Alianza*, se encontró con una joven señorita, vestida á la manera estudiantil, que le dijo:

—Perdone usted que me atreva á presentarme en la calle donde no suelen dar audiencia las personas; pero sé que es usted demócrata y voy al caso sin preámbulos. Somos tres, dos muchachas estudiantes en la Universidad y yo. Quisiéramos celebrar con usted una entrevista y deseamos que usted se sirva indicarnos dónde... ¿Me comprende usted? ¿No es cierto?

—Sonrió de buen grado Ida ante aquel modo ten ingénuo y respondió:

—Espero á ustedes mañana á las seis en las oficinas de la *Alianza*.

—Tome usted, replicó la otra dándole tres tarjetas. Ahí van nuestros nombres. Hasta la vista.

Y pronto se perdió entre la multitud.

Á la hora fijada del día siguiente, las tres estudiantes, Irma, Celia y Graciela, comparecieron en el lugar de la cita.

La primera, esto es, la joven á quien Ida había visto en la calle abrió la conversación diciendo:

—Somos socias de la *Liga* y nos proponemos desertar de ella,

no por el triunfo de la *Alianza*, sino porque su credo responde á nuestros deseos, por la seriedad de su labor y por la modernidad de su organización. ¡Quién nos lo hubiera dicho hace años! Entonces la *Alianza* se presentaba á nuestros ojos como una especie de cofradía ó congregación religiosa, destinada á arrancar de la conciencia de la mujer la idea de su dignidad y la de sus propios derechos. En cambio la *Liga* parecía una institución bien adaptada á la índole de los tiempos modernos, á las nuevas necesidades y á las nuevas aspiraciones del alma femenina.

—No son helenos todos los que se lo llaman, murmuró Ida en voz baja.

La otra continuó:

—Ahora que estamos sobre nuestro camino de Damasco ó cerca de él, quisiéramos que usted fuese nuestro profeta Ananías y nos librase de la ceguera con respecto á ciertas cuestiones del feminismo. Somos tres muchachas de buena pasta, lanzadas al mar antes de saber nadar... ¿Y en qué mar? ¡En la Universidad! Al buen entendedor con pocas palabras bastan... ¡Qué vida! ¡Qué cruz! ¿Pero dónde estaba yo? Volvamos á nuestro asunto.

—Ya estoy en él, dijo Ida riéndose. Ustedes se encuentran en una situación difícil. Están á disgusto en la *Liga* y la *Alianza* no se compagina bien con el ambiente que respiran en la Universidad.

—Precisamente—añadió Irma. Desde el primer momento he puesto en claro nuestra situación. ¡Tanto mejor! Vamos á ver, tú, Celia, que sabes más que nosotras, explica las razones que nos separan de la *Alianza*. Si esta vez sales bien del compromiso, en lugar de llamarte *Salomoncita*, te quito el diminutivo y te llamo Salomón.

—Pues calla un momento y déjame hablar, replicó Celia.

—Está bien—manifestó Graciela...—Vamos al hecho.

Y Celia prosiguió:

—Allá voy. Sepa usted, señorita, que yo he seguido con atención el desenvolvimiento y la labor de la *Alianza*; he hojeado algunas de sus publicaciones, principalmente las más recientes. Creo, por lo tanto, conocerla lo suficiente para poder juzgar su organización. Sé que resulta antigua en los principios, porque quiere conservar el orden cristiano en la educación y en la vida individual, doméstica y social, si bien por razones de táctica ó de oportunidad no se muestra en público con bandera religiosa, sino como una asociación laica cualquiera. Por eso precisamente se aprecia la índole moderna de sus métodos: coordinamiento armónico de clases con disciplina democrática, publicidad de acción y de organización, especialmente mediante la prensa, rehabilitación económica y social del proletariado, protección y defensa de los derechos femeninos con la fuerza jurídica de la acción colectiva, cooperación y representación autónoma de las varias profesiones.

—Se ve claro que usted conoce la quinta esencia de nuestras cosas, replicó Ida.

Y la otra continuó:

—Y por eso no tengo ninguna duda respecto de los caracteres generales y de la norma directiva de la *Alianza*. En cuanto á los caracteres especiales, que se refieren á ciertos argumentos más particulares del moderno feminismo, he leído su *Catecismo social de la mujer* y lo encuentro satisfactorio... Pero, donde todavía no veo claro...

—¿Es sobre el voto político?—interrumpió Ida con una sonrisa creyendo haber dado en el blanco.

—No... sobre este punto han dicho cosas justas contra los politicastros modernos... Luego en cuanto al voto político, me parece que he entendido las cosas por el lado bueno. Pero hay algo más. Por lo mismo que, como dice el Catecismo, la perfección del Estado consiste en aplicar á la vida pública el

ideal de la familia, y así como el hombre ejercita en ella su paternidad, á la mujer le sea reconocida su misión de maternidad social. Me parece á mí que por este principio se confía al hombre el derecho de la acción directa en la vida política del país con el ejercicio del sufragio activo y pasivo, y para la mujer el solo derecho de la acción indirecta con su dominio moral sobre el corazón del hombre. Por consiguiente en aquellos cargos de la vida pública, en los cuales se ejercita más la maternidad que la paternidad, débese reconocer á la mujer una acción directa, preponderante sobre la del hombre.

—Muy bien, dijo Ida. Verdaderamente con este principio se desatan felizmente todos los nudos del feminismo, y se abre á la mujer un campo de acción pública, mucho más vasto del que hasta el presente le ha sido reconocido.

—¿Luego la observación es justa?

—Justísima. En la sociedad, que es una gran familia, la autoridad y la acción materna, al igual de la paterna, debe no sólo tolerarse, sino reconocerse jurídicamente.

—De modo que...

—Nosotras proponemos la acción directa de la mujer en todas las instituciones públicas del Estado, de la provincia y del municipio, donde pueda desplegar felizmente su misión materna, como instituciones de educación, de beneficencia y de caridad, hospitales, asilos y otras semejantes. Y puesto que á la índole de nuestros tiempos importa un continuo desarrollo y perfeccionamiento de la legislación y de la organización social en todos los ramos de la pública asistencia, á la mujer se le va abriendo siempre un campo más vasto de acción en los varios cargos de administración, de dirección y de inspección que se refieren al cuidado de los pobres, de los huérfanos, de los abandonados, de los presos, la higiene, la escuela y la industria femenina.

—Está bien; pero hay aquí un equívoco.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que la distribución de todos estos cargos pertenece sólo á los hombres, precisamente porque siendo ellos únicos como electores ó como elegidos, son dueños del municipio, de la provincia, del Estado; de modo que si les place pueden excluir á las mujeres.

—Despacio. Cada cosa á su tiempo. Además de la acción indirecta en los negocios públicos que la mujer ejercita continuamente, como madre, esposa é hija del hombre, para obligarle á respetar los derechos, tiene un derecho que nadie puede negarle, porque es inseparable de la humana naturaleza, y éste se encuentra igualmente en la mujer como en el hombre, y es el derecho de asociación. Como ejemplo de ello, ¿no le parece á usted que una agitación como la promovida por la *Alianza* tendría un gran efecto? ¿No recuerda la campaña hecha por nosotras contra el divorcio y del efecto que ha obtenido? Y sin embargo, ahora estamos en mantillas, como suele decirse

—Precisamente sobre esto quisiera yo decir algo,—interrumpió Graciela.

—Venga—añadió Irma,—que después hablaré yo.

—Pues ahora calla y oye. Quería decir que si las mujeres tienen el derecho de asociarse para promover y defender colectivamente sus intereses, yo no veo por qué tales asociaciones femeninas deben ser excluidas de la acción directa, política y administrativa, que compete á las asociaciones masculinas, ó sea porque á sus representantes, jurídicamente reconocidos se debe negar el voto.

—Bravo, señorita, acaba usted de mostrar que ve muy lejos. También espero yo que vendrá un tiempo en el cual á la representación atómica de la sociedad, mediante el sufragio de los individuos solos, sucederá la representación orgánica de las varias sociedades homogéneas, mediante el sufragio corporativo. Y entonces no se podrá negar á las corporaciones

femeninas el sufragio en la política. Pero en tanto que el Estado, en vez de ser un cuerpo orgánico, no sea más que un compuesto de átomos...

—Hasta tanto dejemos tranquila la política— replicó Celia— porque la pobre Irma se muere de sueño.

Esta se incorporó diciendo:

—Estoy atenta, y la prueba es que todavía no te he oído tocar el punto principal.

—Habla tú.

—Pues bien; yo quisiera distinguir entre el voto político y el voto administrativo de la mujer, y luego hacer sobre ambos mis restricciones.

— Buenas noches—dijo Graciela.—Ahora sí que estamos frescas.

—¡Aguarda, aguarda!—replicó Irma—y tendrás que rascar... En cuanto al primer voto yo se que en Bélgica el partido católico se ha mostrado propenso á admitirlo...

—No el partido como tal, sino algunos diputados en sus luchas contra los socialistas; y sabiendo además que la mayoría de las mujeres votarían contra ellos. Pero para Italia no me agrada esta táctica de oportunidad...

—Perfectamente. Aquí estriba la dificultad. Dado el caso, por ejemplo, que mañana se hiciese una ley contra la voluntad de los católicos, por la cual todas las mujeres tuviesen derecho al voto político, ¿deberían dejar ir solas á las urnas á las anticlericales? Usted, señorita, ha insistido mucho sobre el concepto de la familia, para deducir de ello que el voto político pertenece al hombre y no á la mujer. En cambio yo quisiera servirme del mismo concepto para reivindicar, en ciertos casos, tal derecho en favor de la mujer.

—¿En cuáles casos?

—Siempre que la mujer haga de cabeza de familia.

—No digo lo contrario.

—Menos mal. Ahora vengamos al voto administrativo.

—No es lo mismo.

—¿No ha sido usted la primera en declarar que en todas las profesiones, en las cuales se ejercita más la maternidad que la paternidad, se debe reconocer á la mujer la acción directa?

—Sí, ¿y qué?

—El municipio tiene más de la familia que el Estado y por eso...

—Por eso en las instituciones y cargos comunales de carácter materno se deberá dar ancho campo á la mujer. Pero el voto administrativo es, al igual del voto político, un derecho que se ejercita fuera de la familia en nombre de ella, y, por lo tanto, es un voto de paternidad real ó posible.

—Me parece á mí—dijo Celia—que entre el uno y el otro no existe diferencia substancial: luego... ó César ó nada.

—Y no obstante—observó Graciela—ciertos Estados como Canadá, Suecia é Islandia, donde todavía no ha conquistado el feminismo el voto político, han concedido ya á la mujer el voto administrativo para las elecciones comunales.

Inclinó Ida la cabeza y dijo sonriendo:

—Y además va siempre creciendo más la agitación para arrancar á los hombres, como ha acontecido en Finlandia, el voto político. De dónde se podría concluir que con reconocer á la mujer el voto administrativo se le abre el camino para la conquista del voto político, y que, por consecuencia, contra ambos valen las mismas razones; según mi opinión, tal voto administrativo añadiría nuevas dificultades al moderno feminismo.

—¡Basta! gritó Irma que ya estaba cansada de escuchar. No discutamos más con esta señorita, porque nada habremos de adelantar. Entrad, pues, en la *Alianza* y acordaos de que después de tomar un partido cesan los cuidados.

Pero Celia y Graciela todavía tenían algunas dudas que por último se desvanecieron después de una animada conversación

con Ida, sostenida en tono familiar y como si hubiesen sido amigas de siempre.

Irma tomó la mano de Ida y se la estrechó diciendo:

—Hoy puede usted estar contenta, porque ha hecho usted una buena presa.

Ida besó á las tres cariñosamente mientras les decía:

—Este es el mejor motivo de nuestro coloquio.



XLII

Entre galeote y marinero.

BIEN sabía la directora que su ama la comadrona, aunque impía cuanto puede serlo una mujer, y por lo mismo capaz de realizar á sangre fría cualquier delito, era, sin embargo, tan supersticiosa, que la sola sospecha de alguna virtud oculta ó sobrehumana bastaba para espantarla y volverla mansa como un cordero, para conciliarse el favor de los maleficios. Como para defender y propagar su torpe industria no vacilaba en afrontar el mayor delito, así para deshacer un hechizo habría hecho lo imposible y sacrificado cualquier cosa.

Al regresar á casa después del famoso fracaso de la intriga tremenda en la oficina central de Telégrafos, la directora pensó en sacar buen partido de este carácter supersticioso de la comadrona, para precaverse contra la furia de su compañera, que de otro modo iba á estallar ruidosamente.

No se equivocó en sus presunciones.

La comadrona, que estaba como sobre ascuas por la ansiedad de conocer el éxito de aquella empresa, cuando vió aparecer delante de sí á la directora seria y preocupada, se percató pronto de que la cosa había andado mal, de manera que, devorándo.